



Jaque al Rey.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1406).

I

Por su denuedo en las lides,
por su fortuna en amores,
al gentil Yussuf llamaban
flor de galanes y nobles.
Era terror de la vega,
era orgullo de la córte,
y en zambras, cañas y toros,
ganaba los corazones.
De cristianos caballeros
pobló mazmorras y torres,
pues sus moros en el campo
siempre fueron vencedores.
Y el pueblo al ver la grandeza
de sus inclitas acciones,
«feliz Granada, decia,
cuando por emir te goce.»

Pero cuando más fundados
son la fama y los honores,
mas pronto envidia despiertan
en pechos bajos y torpes.
Yussuf tenia un hermano
menor en años y en dotes,
menos valiente en la lucha,
menos dichoso en amores:
pero en intrigas experto
y en artificios innobles;
altanero y ambicioso;
y Muhammed era su nombre.

Dividido estaba el reino
en enemigas facciones,
y de esclarecidas venas
la sangre en Granada corre.

Vasto campo de discordias
era aquel verjel, en donde
á manos llenas el cielo
vertió pródigo sus dones.
Porque tal es la malvada
triste condicion del hombre,
que en la tierra siembra espinas
donde el cielo sembró flores.

Fomenta Muhammed el ódio
de los sediciosos nobles,
esperando que sus iras
su ambicion soberbia colmen.
Los instiga, los seduce,
y sus ánimos feroces
con insidias y promesas
contra su hermano dispone;
contra Yussuf generoso
que heredó trono y honores
del padre á quien dieron muerte
desventuras y traiciones.

Es la hora en que su manto
el crepúsculo descoge
sobre la tierra dormida
por que en su seno repose,
y sumida en blando sueño
galas y brío recobre,
y olvide penas del dia
en soñadas ilusiones.
Tan solo turba el descanso
de la aletargada noche
el murmullo lastimero
del Genil que lento corre,
ó la brisa que vagando
por los perfumados bosques,
del naranjo el dulce aroma
con leves alas recoge.

Silencioso está el alcázar
y oscuros sus corredores,
y las guardias vigilantes
en patios, puertas y torres.
En su recóndita alcoba
sobre blandos almohadones,
bordados de seda y oro,
detrás de las gasas dobles
que discretas y celosas
la dicha de amor esconden,
entre los brazos de Zaida
cual sobre lecho de flores,

de las fatigas del dia
y el bullicio de su córte
Yussuf tranquilo reposa
sin recelo de traidores.
Pero quiere el hado adverso
que entre dudas y visiones
la sien que ciñe corona
de entera dicha no goce.
En el regio dormitorio
estruendo de armas y voces
se levanta de repente,
y el hondo silencio rompe.
—«Hasta en sueños, dice el moro,
»me persiguen los rencores
»de mis súbditos rebeldes;»
y aparta los eslabones
con que amor le tiene asido,
y desnudando su estoque,
se arroja del lecho á tiempo
que en la estancia los piés ponen
los secuaces de su hermano,
que respeto no conocen.
Parando con sus adargas
del rey los furiosos golpes:
«Yussuf, ríndete, le gritan;
»tu ceño altivo descoge,
»que Muhammed reina en Granada
»y de prenderte dió órden.»

II

Cerca de las Alpujarras,
clavada en la dura roca,
se levanta Salobreña
con almenas por corona.
El sol de la Andalucía
sus erguidas torres dora
cuando los primeros rayos
sobre la montaña arroja;
y sus muros resplandecen
como radiante aureola
cuando cárdeno se pone
y deja la tierra en sombras.
Aquellas torres y muros
á Cid Yussuf aprisionan,
que perdidos para siempre
libertad y cetro llora.
Triste estado el de cautivo;
pero al alma generosa

ni la rinde la desdicha,
ni los pesares la agobian.
Era el alcaide Abenámár
de alma leal aunque tosca,
endurecida en las luchas
con las fronterizas hordas.
El usurpador emir,
en premio de una victoria
que alcanzó sobre las huestes
de los cristianos de Ronda,
del alcázar y la torre
de Salobreña famosa
le hizo alcaide, y de su celo
fia tan ingrata obra
cual es la de ser custodio
de un inocente con honra,
á quien para ser monarca
prendas y derecho sobran.

Bajo bóvedas de jaspe,
y entre paredes de aljófár,
sobre cojines de seda,
cautivo ilustre reposa
Yussuf, y en plática triste
cuenta las pesadas horas
con el valeroso alcaide,
que sus desdichas deplora.
Nada falta á su regalo,
ni sus doncellas hermosas,
ni su Zaida, más fragante
que el aliento de la aurora.
Solo libertad le falta,
y sin ella todo sobra,
las gracias de sus mujeres,
seda, y perfumes, y joyas.
Si tender no puede el vuelo,
siempre es esclava la alondra,
que al fin entre rejas de oro
tierno dueño la aprisiona.

Es una tarde de estío,
y en lumbre cálida y roja,
cruzando el sol por el cielo,
cielo y tierra abrasa y dora.
La encorvada palma apenas
mueve sus lánguidas hojas,
y de las flores marchitas
la brisa esencia no roba.

En espacioso aposento
donde la luz y la sombra
disputar mudas parecen
la dicha de estar á solas,
se vé á Yussuf reclinado
sobre la pérsica alfombra,
jugando con el alcaide
al ajedrez largas horas.
A su fin iba tocando
la partida silenciosa.
Piensa Yussuf en la reina
si la toma ó no la toma:
cuando con rostro turbado
y empolvada la marlota,
bañada la negra barba
de sudor en gruesas gotas,
entra un hombre, se detiene,
ante el príncipe se postra,
y al alcaide entrega luego
con actitud misteriosa
un rollo de pergamino,
diciendo: «Lee sin demora.»
Abenámár á su frente
lleva el rollo y lo desdobra;
y al ver Yussuf, quien atento
observa la escena toda,
la turbacion que al semblante
del alcaide luego asoma:
—«¿Qué te manda el buen Muhammed
que te causa tal congoja?
»¿Trata de mi muerte acaso
»carta que tanto te asombra?»
Así pregunta. Abenámár
le mira con faz ansiosa,
y sin despegar los lábios
pone en su diestra la hoja.
Yussuf la lee, luego exclama
sin asombro ni zozobra:
—«Pide también mi cabeza.
»¿No le basta mi corona?
»Cumple alcaide su mandato:
»mi cabeza al punto corta:
»solo por merced te pido,
»si á su fin mi vida toca,
»que el seno estrechar me dejes
»á mi Zaida cariñosa.
»Así te guarde el profeta,
»y Alá te dé vida y gloria.»
Y el arraez le responde:
—«Ilustre Yussuf, perdona:

»para volver á Granada
 »tasadas tengo las horas.
 »Si no entrego tu cabeza
 »antes que ese sol se ponga,
 »fuerza será que la mía
 »ante el rey Muhammed responda.»
 —«Sea pues, Yussuf replica.
 »Y en tanto que el hierro apronta
 »torvo el verdugo, permite
 »que acabe el juego en buen hora.
 »Siéntate, alcaide, y juguemos,
 »que te amaga una derrota.
 »Bien: jaque al rey con mi torre.
 »Sálvate de él si lo logras.»

Siguieron los dos jugando
 la partida silenciosa.

El alcaide conmovido,
 con mirada inquieta y hosca,
 no acierta á mover las piezas
 con la mano temblorosa;
 las levanta, las retira;
 y sin tino las coloca.

—«¿Qué haces alcaide? le dice

»Yussuf en tono de mofa.

»Defiende bien la partida,

»quiero ganarla con honra.»

Ya está en la sala el verdugo;

desnuda su limpia hoja,

y el arreez impaciente

á despachar los exhorta.

Vuélvese Yussuf, y dice

con la sonrisa en la boca:

—«Un instante más y gano;

»luego mi cabeza toma.

»Doy jaque al rey, y ahora mate.

»Gané, alcaide, la victoria.»

Pero, ¿qué estruendo retumba?

¿Quién en la sala se arroja?

¿Cuya es la voz que resuena

ébria de alegría y ronca?

Era Tarfe, el fiel amigo,

que ante el príncipe se postra,

diciendo: «Dáme licencia

»para besarte la orla

»de tu aljuba, y referirte

»la noticia salvadora.

»Vengo, Yussuf, de Granada,

»volando en mi yegua torda,

»que es más lijera que el cirzo

»cuando más airado sopla,

»para decirte que ciñas

»nuevamente tu corona,

»pues por su emir hoy te aclama

»Granada y la gente mora.

»Muhammed tu ambicioso hermano

»bajó al reino de las sombras.»

—«Alá es grande,» Yussuf dice,

y humilde la frente dobla.

G. S.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,

Carretas, 9.

MADRID: 1872.

IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANOS,

Bordadores, 7.